

Un Convenio, la Cultura y la Unidad

por Sebastián Salazar Bondy

No es raro que en Buenos Aires se le pregunte a un limeño por las ruinas incaicas que hay en su ciudad y que en Lima a un porteño se le inquiera sobre los gauchos que habitan la ciudad del Plata. Una interrogación y otra son muestras de recíproca ignorancia. Sucede lo mismo entre todos los países de la comunidad latinoamericana, pese a la semejanza de historia, geografía, lengua y cultura que las naciones de nuestro mundo poseen. El progreso no ha significado para nosotros un acercamiento. Nos hemos, por el contrario, aislado los unos de los otros, y a estas alturas del tiempo, cuando precisamente se tiende a la conformación de bloques y anfictionías continentales, facilitadas por el avance de la técnica que permite la absoluta intercomunicación, estamos como antes de la independencia o peor aún. Sin embargo, las frases hechas y reiteradamente proclamadas de que los latinoamericanos constituimos una sola nación no son pura monserga oratoria. Efectivamente, la esencia de todos es una, y el porvenir de poder y fuerza nos aguarda al cabo del acto de conciencia y cooperación mancomunada que consistirá, antes que nada, en conocernos y apreciarnos.

Aparte del aspecto económico que la unidad ofrece, está el aspecto cultural de esa empresa de afirmación fraternal. Cada país tiene, dentro del haz común, una suerte de rostro particular, que no deja, como es lógico, de exhibir el aire de familia. Ese rasgo distintivo lo procuran muchas características locales, entre ellas el estilo que, a través de varias generaciones, ha venido siendo creado por la parte culta de la sociedad, por los intelectuales, los científicos, los artistas. Hay paí-

ses que en este terreno están más definidos, más maduros, que los demás, pero aún el más insignificante ostenta rasgos exclusivos, cuyos conservadores son los miembros de la élite, maestros universitarios o pintores, antropólogos o novelistas, estudiosos de cada disci-



plina o periodistas, etc. Dichos mantenedores de la tradición nacional, de la parcela cultural de cada nacionalidad, son portavoces del país y son los que pueden servir de vehículos de un entendimiento intelectual que preste a la identificación de intereses económicos el fondo espiritual sin el cual no pasará de ser una transacción comercial sin verdadera fuerza moral.

Por eso es que el anuncio de que el Perú y la Argentina están a punto de suscribir un convenio cultural tiene que ser bienvenido. Tal acuerdo ha de permitir que, en adelante, la expresión de los elementos representativos de cada nación, los que manifiestan el tras-

fondo continental en las obras que se inspiran en los motivos tradicionales de cada comunidad, llegue a una y otra orilla y sea asimilada en su más hondo sentido y trascendencia. La actitud comprensiva de quienes reciben el mensaje permitirá que éste se multiplique y, a la postre, alcance a la gran masa. Tarea propia de la inteligencia es ésta de abrir las fronteras a las ideas, al pensamiento, a la cultura de quienes son vecinos y de quienes llamamos hermanos.

Los europeos —entre cuyas diversas naciones hay barreras al parecer inexpugnables— hacen tiempo que han decidido levantar los pequeños “telones de hierro” que hasta ayer convertían a cada país en una isla cerrada, hosca, hurafña y hasta agresiva. Novelas de España se leen en Francia, telas de los pintores escandinavos se exponen en Italia, música de Alemania se ejecuta en Inglaterra, etc. La unidad económica y la identificación militar comienzan a reposar en un suelo intelectual firme y seguro ¿Como no ha de ser posible esto en América Latina, donde todo está dado ya favorablemente a dicha confluencia?

El tratado peruano-argentino de cultura, que pronto será un hecho, debe tenerse como el germen de un futuro acuerdo internacional que suscriban los gobiernos —los pueblos, en verdad— de todo este vasto mundo, de una sola lengua y un solo espíritu, que va de México al Cabo de Hornos. En tanto sobreviene esa aurora de confraternidad efectiva, celebremos que entre Lima y Buenos Aires se cree un puente por el cual vayan y vengan los signos definitivos de cada patria, tráfico que demostrará que somos un destino lamentablemente atomizado, cuyo triunfo estará en la total unión.